

Oceanía / Islas del Pacífico

La participación de las mujeres está cambiando

En los Estados insulares del Pacífico, aunque sigue infravalorada e ignorada, la participación de la mujer en la pesca la convierte en el pilar de la familia

Este artículo, firmado por Aliti Vunisea, es una versión condensada del texto aparecido originalmente en *Women in Fisheries Information Bulletin* (Boletín de Información sobre Mujeres en la Pesca), n° 16, de marzo de 2007. (<http://www.spc.int/coastfish/news/WIF/WIF16/index.htm>)

En las comunidades pesqueras de los Estados insulares del Pacífico, las mujeres participan cada vez más en la economía de mercado, incorporando así un elemento nuevo a su papel social tradicional. Así y todo, su presencia en el sector pesquero a veces pasa inadvertida, puesto que se considera una faceta más de su tradicional responsabilidad de alimentar a la familia.

Si bien es cierto que la pesca en los Estados insulares del Pacífico brinda excelentes oportunidades, no lo es menos que también plantean numerosos desafíos. En muchos lugares las mujeres dominan los subsectores de la pesca de bajura y la pesca de subsistencia; pero apenas tienen acceso a oportunidades de formación y a la toma de decisiones.

El declive de las capturas; la desaparición de ciertas especies de bajura; la utilización de áreas de pesquerías costeras para fines diferentes a la pesca como puede ser el turismo; la pérdida de tierras, y el desarrollo industrial repercuten directamente en las actividades pesqueras de las mujeres. Como consecuencia de ello, se ven obligadas a recorrer mayores distancias para pescar, a procurarse un medio de transporte para llegar a arrecifes más alejados o a buscar fuentes de sustento alternativas.

En numerosos Estados insulares del Pacífico, aun en aquellos donde las mujeres son las que hacen una mayor aportación al presupuesto familiar, la propiedad de equipos como pesqueros y artes corresponde a los hombres, sobre todo en las sociedades patrilineales. Asimismo, la escalada de los precios del combustible



afecta especialmente a las mujeres, que muy pocas veces son las propietarias de las embarcaciones que utilizan para alcanzar los arrecifes más distantes. De este modo, se endeudan cada vez más.

No obstante, las instituciones, costumbres y creencias tradicionales están cambiando poco a poco. Las mujeres que han podido cursar educación y que han conseguido un cierto éxito económico han hecho mella en los códigos de conducta y los sistemas de interacción social de las comunidades insulares. Se han convertido en agentes de cambio que enarbolan reivindicaciones a favor de su sexo en los foros de sus aldeas.

Ahora bien, en algunas comunidades, como las comunidades costeras rurales de las Islas Salomón y Fiyi, el trabajo productivo de las mujeres pasa desapercibido y se enfrenta a barreras tradicionales. Así, por ejemplo, las mujeres no sólo pescan, sino que también recolectan raíces que integran la dieta local. Para ello tienen que salvar largas distancias a remo en sus canoas o a pie, bajo el peso de enormes sacos repletos de tubérculos y cocos que cargan a sus espaldas. Existen además períodos en los que son objeto de tabúes y no pueden salir a pescar, como cuando tienen la menstruación.

La práctica de la dote hace que las mujeres se consideren obligadas a obtener alimentos y pescar, puesto que sus maridos pagaron un dinero por ellas al casarse. A la postre, en algunas zonas de las Islas Salomón, son ellas las que suelen pescar en los manglares, donde la presencia de cocodrilos supone un peligro tangible.

En Fiyi las mujeres de algunas áreas costeras rurales son responsables de la pesca y del cultivo de huertos, tareas comprendidas dentro de su papel tradicional de recolección de alimentos. En ciertas aldeas recolectan cangrejos a fin de venderlos o intercambiarlos por otros alimentos. A veces, el comprador resulta ser un intermediario que con frecuencia se aprovecha de la ignorancia de las mujeres en cuanto al funcionamiento del mercado y les ofrece precios muy bajos.

Para algunas mujeres la única manera de obtener bienes de consumo radica en el trueque de esteras, cestos y *tapa* a cambio de productos domésticos modernos como cortinas, mantas, mosquiteras, platos o cacharros de cocina. Estas transacciones entre mujeres de zonas rurales y urbanas se realizan en un contexto de relaciones de poder y privilegios muy desequilibradas.

En el extremo opuesto se sitúan Tokelau y Niue, donde la participación de las mujeres en la pesca es casi una actividad de recreo. Gracias a su asociación con Nueva Zelanda, estos países disfrutaban de una renta per capita más alta y de un estilo de vida occidental. En ellos, la mujer cuenta con un mejor acceso a ingresos y a educación. En su caso, son los hombres los que se ocupan de pescar y obtener alimentos.

En Samoa, las mujeres no participan tanto en la pesca en sí como en la captura de ciertos invertebrados. Las samoanas se dedican a la recogida, el eviscerado y el despiece de diversas especies de cohombro de mar. Las vísceras de la holoturia se emplean en algunos platos tradicionales.

En Kiribati y Tuvalu, la mujer se dedica sobre todo al marisqueo y el hombre a la pesca. Las mujeres permanecen en las aguas más cercanas a la costa, recogiendo marisco y capturando pequeños peces de arrecife con redes. El grueso de las capturas, empero, lo aportan los hombres que faenan en canoas.

En Estados de la Melanesia como Fiyi, las Islas Salomón y Vanuatu, la participación de las mujeres en la pesca varía mucho en función de las tradiciones locales. Aunque en algunos casos su presencia pueda parecer mínima e inmutable a lo largo del tiempo; sus actividades pesqueras son determinantes para la seguridad alimentaria y el sustento de los niños en la región del Pacífico.

En casi todos estos Estados del Pacífico las mujeres monopolizan prácticamente todas las actividades de venta y comercialización; ya sea en mercados, al borde de las carreteras, cuando venden a intermediarios, a domicilio, a restaurantes o a exportadores. Con frecuencia se pasan el día entero al sol, intentando vender productos sumamente perecederos. La venta en los mercados municipales se realiza a pequeña escala, sin ningún apoyo. Aprenden el oficio sobre la marcha y su actividad pocas veces trasciende el mercado local. Sin embargo, con el paso del tiempo, van organizándose en pequeños grupos de autoayuda a fin de facilitar las ventas.

No es insólito que el trabajo de las mujeres en la pesca suponga la principal fuente de ingresos de las familias. Es un trabajo que puede adoptar formas muy variadas: preparación de artes, actividades de captura, marisqueo, transformación y distribución y, en particular, de comercialización. A pesar de ello, son tareas que no se valoran suficientemente desde el punto de vista económico; circunstancia que margina a las mujeres de las iniciativas generales de desarrollo, educación y formación. La cuestión de fondo es que precisamente la mayoría de las mujeres empresarias y cabeza de familia trabajan en el sector de la pesca. Mantienen sus hogares sin que nadie les ayude o reconozca su labor.

A fin de integrar a estas mujeres en las iniciativas generales de desarrollo sería necesario eliminar las barreras tecnológicas, comerciales y educativas existentes y abrir nuevas oportunidades. Resulta fundamental facilitarles el acceso a los mercados y proporcionarles formación sobre temas como comercialización, gestión de calidad, elaboración de presupuestos, servicios de crédito, nutrición y organización empresarial. El reto más importante consiste en traducir medidas políticas en acciones sustantivas que aporten beneficios tangibles a las mujeres. Un segundo desafío consistiría en conseguir que aprovechen los recursos de desarrollo y la información disponibles en los emergentes sector privado y sector informal.

Existe una necesidad imperiosa de que las tecnologías de información y comunicación redunden en beneficio de los habitantes de las zonas rurales, especialmente de mujeres y jóvenes. A nivel regional ya ha tenido lugar un rápido avance en la formación de redes y en

la implantación de enfoques regionales para la pesca. ¿Cómo se podrían establecer a nivel nacional y comunitario redes de colaboración semejantes protagonizadas por mujeres? ¿Qué enfoque es más útil: la representación paritaria de las mujeres o la capacitación de aquellas procedentes de zonas costeras rurales? Si se insiste en demasía en el liderazgo femenino y en la toma de decisiones puede ocurrir que se pierda de vista la urgencia de elevar el nivel de vida de las mujeres de las comunidades costeras rurales.

Las necesidades son muy divergentes en cada caso. Para la toma de decisiones, lo que se requiere es voluntad política para abrir puertas a las mujeres, a pesar de las barreras institucionales. Se precisan campañas de información, educación y formación con el fin de capacitarlas e involucrarlas en el proceso.

A nivel de las comunidades, hay que velar por que las mujeres salgan de la situación de pobreza y por que se implanten medidas que tengan impacto directo en sus tareas y responsabilidades y que las ayuden a aprovechar las oportunidades que se presenten. Para muchas mujeres, el mayor problema no estriba en la falta de ingresos o de alimento, sino en la falta de oportunidades a la hora de labrarse un futuro para ellas mismas y para sus hijos.

*Para contactar con Aliti Vunisea escribid a:
AlitiV@spc.int*